

JAIME GUZMAN E.



El verdadero peligro

Hace algunas semanas comentábamos la irrealidad de la pequeña élite dirigente del ex Partido Demócrata Cristiano que, profundamente distanciado de los sectores ciudadanos que en otro tiempo respaldaron a dicha colectividad política, hoy se limita a planear "el inmediato restablecimiento de la democracia".

Si bien esa reducida cúpula partidista dice no querer repetir la experiencia cívica que desembocó en el colapso marxista, en el hecho no advierte la necesidad de introducir ningún correctivo profundo al régimen institucional que entonces hizo crisis. Para ellos, lo que fracasó en Chile no fue un sistema institucional, sino sólo un Gobierno. Basta, pues, con restaurar las mismas fórmulas políticas que conocimos. Y si de eso se trata, resulta lógico que no exista razón para no hacerlo "de inmediato."

Aunque la directiva del ex PDC rechaza actualmente todo pacto con el marxismo leninismo, la postura de aquella termina sirviendo objetivamente la aspiración comunista de volver a contar en nuestra Patria con un tipo de democracia débil y abierta a un pluralismo ideológico irrestricto, campo propicio para la acción desquiciadora del totalitarismo y de la demagogia. Carcomer una democracia semejante hasta su raíz es para el marxismo sólo cuestión de tiempo y tenacidad, como por lo demás quedó fehacientemente demostrado en Chile.

Sin embargo, en estos días se ha hecho palpable el peligro que encarna también el extremo opuesto.

Nos referimos a la mentalidad de ciertos partidarios del Gobierno que muestran inquietud ante los avances efectivos hacia una nueva institucionalidad democrática. También en las palabras dicen desearla, pero en el hecho experimentan contrariedad o temor frente a su progresiva concreción.

Su esquema de raciocinio es simple. Si el país está tranquilo y progresando, ¿para qué introducir alteraciones en el esquema? En ese predicamento, la normalización se juzga como signo de "ablandamiento" y la institucionalización aparece como una imprudente "apertura de las compuertas". De pronto reparan en la contradicción de dicha postura con sus propios deseos de vivir en un ambiente de seguridad jurídica, y de que mejore nuestra imagen

internacional. Entonces "soportan" los pasos en referencia, con la incomodidad del que ingiere un purgante. Pero pasada la necesidad inminente de éste, vuelven a inclinarse por el inmovilismo práctico. Que la construcción de la nueva democracia quede para "más adelante". Un futuro hipotético que, en su fuero íntimo, desean ojalá no llegue jamás.

Parte de esta mentalidad obedece a enfoques estrictamente reaccionarios o pseudo-fascistas. Pero quizás si la gran mayoría de sus exponentes, responde a un criterio que sustituyó la reflexión objetiva por la reacción visceral.

Se olvida que las Fuerzas Armadas, por definición, no pueden gobernar indefinidamente, sin destruirse en su naturaleza propia. Se pierde de vista que los cuerpos sociales, por ser vivos, siempre evolucionan, y ningún proceso político puede ignorarlo. Mantener porfiadamente el dique de la simple emergencia restrictiva hasta que la avalancha lo desborde, puede generar menos problemas inmediatos, pero sus efectos posteriores son incontrolables. Abrir gradualmente el cauce de una nueva institucionalidad sólida y participativa, puede en cambio hacer aflorar antes la evidencia de las inevitables dificultades sociales, pero permite salvarlas gracias a la ventaja del que afronta oportunamente un riesgo calculado.

Acaso parte del desasosiego derive del temor de que nuestra evolución pudiese responder a una presión externa, dada la

cantidad e importancia de las medidas normalizadoras y de institucionalización adoptadas últimamente. Ello debiera indicar a las autoridades la inconveniencia de retardar pasos que forzosamente se acumulan, y que entonces deben darse sin la dosificación adecuada.

Sin embargo, para comprobar que el Gobierno no está realmente guiando su curso por presiones, basta tener presente que el levantamiento del estado de sitio había sido preanunciado por el Presidente Pinochet el 11 de septiembre pasado; que la amnistía no había sido reclamada por nadie; que el discurso presidencial del 5 de abril conserva la esencia del plan constitucional de Chacarillas, reafirmando la gradualidad en los plazos de traspaso del poder a la civilidad e introduciendo sólo un cambio de modalidades en los instrumentos jurídicos que regirán la fase de transición; y en fin, que el nombre de los nuevos Ministros civiles no puede estar más lejos de lo que hubiera deseado la presión opositora y foránea.

Todo lo anterior es signo de tortaleza y no de debilidad del actual Gobierno. En ese mismo marco, se inscribe el anuncio del Ministro Fernández de que no se autorizará el regreso al país de quienes estén comprometidos en la campaña internacional contra Chile o sean activistas del marxismo.

No hay, por tanto, motivo válido de nerviosismo ante la reciente evolución del Gobierno. Los únicos que tienen razón para estar preocupados son los adversarios del actual Régimen, ya que ellos sí que comprenden que mientras la *mantención indefinida del esquema meramente militar o de emergencia, a la larga significaría el retorno del viejo esquema institucional en el cual tanto prosperaron, la consolidación de la nueva institucionalidad democrática representaría su sepultación definitiva*, por voluntad expresa de un pueblo comprometido y participante en una nueva democracia estable y eficiente, y no desprotegida y demagógica.

El verdadero peligro de hoy es, pues, el que involuntariamente coincida la reacción visceral de ciertos sectores gobiernistas, con la táctica cerebral de los adversarios del Régimen, en el común deseo de detener o frustrar la nueva institucionalidad democrática. No prestarse a ello es el deber esencial de todo auténtico partidario de la liberación del 11 de septiembre.